

TERESA DE JESÚS

**OBRAS
COMPLETAS**

Edición de
MAXIMILIANO HERRÁIZ

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2015

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

© Ediciones Sígueme, S.A.U., 2015
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
Tlf.: (+34) 923 218 203 - Fax: (+34) 923 270 563
ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1903-5
Depósito legal: S. 184-2015
Impreso en España / Unión Europea

CONTENIDO

<i>Introducción general</i>	7
-----------------------------------	---

I

OBRAS MAYORES

Libro de la vida	19
Camino de perfección	237
Códice de Valladolid	241
Códice de El Escorial	341
Las Moradas	427
Las Fundaciones	557

II

OBRAS MENORES

Poesías	703
Cuentas de conciencia	721
Meditaciones sobre los cantares	769
Exclamaciones del alma a Dios	799
Constituciones	813
Visita a las descalzas	829
Desafío espiritual	841
Vejamen	845
Escritos sueltos	849
Memoriales	851

III

EPISTOLARIO

Epistolario	861
<i>Índice de citas bíblicas</i>	1369
<i>Índice de nombres</i>	1372
<i>Índice de las notas doctrinales</i>	1373
<i>Índice sobre Teresa, su vida y su obra</i>	1376
<i>Índice sobre las Descalzas</i>	1377
<i>Índice general</i>	1379

INTRODUCCIÓN GENERAL

Teresa de Jesús nació en Ávila el 28 de marzo de 1515 y falleció en Alba de Tormes (Salamanca), la noche del 4 de octubre de 1582, que, por corrección del calendario, el día siguiente amaneció el 15. Una mujer, religiosa, fundadora de un nuevo Carmelo, escritora de libros de auténtica teología, espiritual, cada día más actual, más contemporánea nuestra que de su coetáneos.

Aunque Teresa de Jesús no llegó a ver ningún libro suyo editado, sí asistió entre atónita y complacida a su multiplicación manuscrita, y se sintió dolorida y preocupada por la deficiente transmisión de sus textos. Por eso se mostró dispuesta a la publicación de *Camino*, y colaboró en ello, como el libro fundamental de formación para sus hermanas descalzas.

Desde las primeras, mendosas y manipuladas ediciones de sus obras hasta nuestros días, los escritos de la doctora mística han seguido una escala ascendente, en el castellano original y en las múltiples traducciones, completas o parciales, a las principales lenguas del mundo.

Es un fenómeno social impresionante: escritos «secretos», pensados para unos pocos iniciados, por una mujer del lejano siglo XVI español, circulan de mano en mano entre los más diversos grupos: teólogos, estudiosos del lenguaje, historiadores –profesionales, en suma, del saber–, y gente sin más bagaje cultural ni pretensión que el propio movimiento o «curiosidad» de espíritu que buscan en Teresa una puerta abierta al misterio, desde distintos credos religiosos, acaso sin ninguno.

El fenómeno, además, ha hecho saltar los cerrojos de prejuicios que cerraban o, al menos, condicionaban decisivamente el texto de los místicos, también el de la madre Teresa. Ha saltado el cerrojo de la teología –teología «oficial» escolástica– que se constituyó en norma de la mística, en juez implacable; y ha saltado el cerrojo que reservaba la mística para una élite reducida, más que por objetivos nobles, por esnobismos de salón-fortaleza, substrayéndolos a una espiritualidad de mono de trabajo que regenerará la vida de la calle. Busca ahora la teología beber revelación y presencia de Dios en las aguas de la experiencia religiosa, y los sedientos de espíritu sin encorsetamientos dogmáticos se han constituido en peregrinos de los místicos.

Teresa de Jesús, con sus sintaxis violentas, sus meandros de narradora, quebrantando la lógica y la linealidad expositiva, entre el apunte –porque siempre sabe a poco– autobiográfico, y el discurso doctrinal salpicado del gracejo y picardía de vieja castellana trovadora de sus andanzas, con su aire de mujer rebelde, se ha ganado un puesto de honor entre tantos alumnos matriculados en la «cosa mística».

Y es fenómeno también curioso que nadie –o en contadísimas excepciones– salga defraudado de las horas de diálogo con esta castellana que ha aproximado las realidades más sublimes del «espíritu» a la más ordinaria «materia» de cada jornada: «entre los pucheros anda Dios». Mujer que ha apostado por Dios sin renunciar al hombre, por el cielo sin negarse a patear los duros caminos de la tierra.

Los escritos teresianos están ahí al alcance de la mano. Desafiadores. Desvelando con pasión iluminada, a la vez que con forzado velamiento –reconocido y asentido–, el misterio fascinante otorgado al hombre permanentemente y en su infinita, inabarcable realidad.

1. BREVE ESQUEMA DE SU VIDA

Nació Teresa en Ávila, fruto del segundo matrimonio de su padre, Alonso Sánchez, de ascendencia judía, con Beatriz de Ahumada, el 28 de marzo de 1515. Y concluyó su peregrinación en Alba de Tormes (Salamanca), el 4 (15) de octubre de 1582. Sesenta y siete largos años, intensos y ajetreídos, en el mundo exterior e interior, que podemos dividir en tres periodos.

a) *En el hogar familiar*

Veinte años pasa en el solar paterno, divididos por la muerte de su madre, cuando Teresa ha cumplido ya los trece, y por una profunda crisis humano-espiritual, cuya solución definitiva no se producirá sino bien mediada la segunda jornada de su trayectoria vital.

Hogar numeroso: «tres hermanas y nueve hermanos» (V 1, 4). Hogar cristiano, piadoso. Confiesa que en sus padres no veía «favor sino para la virtud» (V 1, 2); y que sus «hermanos ninguna cosa me desayudaban a servir a Dios» (V 1, 5).

Primeros años de idilio y expansión religiosa, bañados por fuertes y persistentes deseos de martirio: «que nos descabezasen» por amor de Dios (V 1, 5). Años también de sorprendente, extraño y profundo adentramiento en la oración contemplativa: «pena y gloria para siempre... ¡siempre, siempre!» (V 1, 5).

Con un revelador, sugestivo apunte de la novel, granada narradora de aquella radiante historia: «en pronunciar esto mucho rato era el Señor servido me quedase en esta niñez imprimido el camino de la verdad» (*ibid.*).

Y los premonitores juegos infantiles de «hacer monasterios» (V 1, 6); su precoz pasión lectora¹, y sus llamativos «quereres» comunitarios con fuerte presencia en los comienzos mismos de su itinerario espiritual: «*Concertábamos* irnos a tierra de moros... *Acaecíanos* estar muchos ratos... *Ordenábamos* ser ermitaños...» (V 1, 5).

Se reconoce adornada «de buenas inclinaciones» (V 1, 4) y «deseos» (V 1, 6) que le favorecían «ser buena» (V 1, 1). Y muy dotada de «gracias de naturaleza... –que según decían eran muchas–» (V 1, 8). Particularmente la capacidad de suscitar atracción afectiva, de convocar: «Todas estaban [contentas] conmigo; porque en esto me daba el Señor gracia, en dar contento adondequiera que estuviese, y así era muy querida»².

Esta «condición» y «natural», facilidad extrema para la relación ágil, pronta, intrascendente o profunda, va a desencadenar la crisis de adolescencia –que alargaré bastante más allá de esta etapa de su vida–; hará de detonante de una riqueza

1. V 1, 1. A estos «buenos libros» sucederá la inmersión en los novelones de caballerías (V 2, 1); y el aterrizaje definitivo, un poco forzado al principio, en los «buenos libros» (V 3, 4); de los que «queda ya amiga» (cf. V 3, 7).

2. V 2, 8. «La más querida de su padre» (V 1, 4; 2, 7); «en extremo» la quiere su hermana María, y el marido de ésta «también me amaba mucho» (V 3, 3). Se maravilla porque sus hermanas la «quieren tanto» (Cta 2, 15; C 9, 3) y porque «gran amor me tenían» (V 1, 5). Amplía el círculo: «en todas partes siempre le he tenido [regalo]» (V 3, 3). A su vez, ella también quiere, y con intensidad (V 37, 4): «Le quería mucho», dice refiriéndose al cura de Becedas (V 5, 4).

humana vulnerable, necesitada de cuidado y encauzamiento para convertirla en fuerza liberada y liberadora.

La lectura de «libros de caballerías», a la que le introduce su madre (V 2, 1), dispara su imaginación de adolescente y acelera la aparición de un «yo» dominador e insaciable al que la joven Teresa se entrega como a un juego —«pasatiempos de buena conversación»— que termina atrapándole, y por mucho tiempo.

«Comencé a traer galas y a desear contentar en parecer bien» (V 2, 2). De este modo introduce el segundo capítulo de su vida en el hogar paterno. Precisa: «Duro me... muchos años»³. Caracteriza este período con una expresión recurrente en ella: «Vanidad del mundo», culto a la superficialidad, a lo pasajero e inconsistente, a la «mentira». «Ciega» por la «afición» se presenta (V 2, 6); «cansada» (V 2, 8); desmantelada su joven, bien definida «condición» primera. Escribe sintetizando el resultado de su relación con una parienta: «de natural y alma virtuoso, no me dejó casi ninguna virtud, y me parece me imprimía sus condiciones» (V 2, 5). Anota que «el temor a la honra» le salvó del hundimiento total (V 2, 4).

Y también la rápida intervención de su padre internándola en el monasterio de Nuestra Señora de Gracia, «adonde se criaban personas semejantes» (V 2, 6). Anota: «estuve año y medio... harto mejorada» (V 3, 2); desde la primavera de 1531 hasta el otoño de 1532, o sea, desde los dieciséis hasta mediados los diecisiete años.

«Una gran enfermedad» la obliga a volver a la casa paterna (V 3, 3), muy mejorada espiritualmente. Mejoría que se consolida durante su estancia en Hortigosa, junto a su tío paterno Pedro Sánchez de Cepeda (V 3, 5). Culmina en su decisión de ser monja.

Y el 2 de noviembre de 1535, a sus veinte y medio, huye de su casa y entra en la Encarnación de Ávila, donde «tenía una grande amiga» (V 3, 2). Recuerda la fuga unos veintiséis años después: «acuérdate, a todo mi parecer y con verdad, que cuando salí de casa de mi padre no creo que será más el sentimiento cuando me muera; porque me parece cada hueso se me apartaba de por sí» (V 4, 1).

Se abre un nuevo periodo: religiosa, consagrada a Dios en la Orden del Carmen. Reconoce que, «en tomando el hábito..., me dio un tan gran contento de tener aquel estado, que nunca jamás me faltó hasta hoy» (V 4, 2; cf. V 36, 10).

b) *En la Encarnación de Ávila*

El desgarro y la dureza que le produjo la salida del hogar, su «violenta» decisión —«haciéndome una fuerza tan grande» (V 4, 1)— se le tornaron pronto en gozo: «mudó Dios la sequedad que tenía mi alma en grandísima ternura» (V 4, 2). Experiencia que cubrió, con distinta intensidad, sus primeros años de vida consagrada y que no le abandonó nunca. Pero junto a ella emergió y le acompañó una crisis no resuelta. Y que, en tiempos, alcanzó alto y profundo dramatismo.

En la Encarnación vivirá desde 1535 a 1562: veintisiete años, de los veinte a los cuarenta y siete. Periodo decisivo en todos los aspectos. Intenso. Partido, prácticamente, en dos mitades: agitada, la primera, con alternancias muy pronunciadas en la historia de su fidelidad vocacional; sorprendentemente acelerada, ascendente sin interrupción, la segunda, con sucesivas, abundantes gracias místicas que la centran vocacionalmente, y la preparan como escritora y reformadora-fundadora del Carmelo, al que marcará y hará «teresiano».

3. V 2, 2. Reveladora la evocación de este tiempo en carta a su hermano Lorenzo (Cta 2, 20).

Éstos son los grandes jalones que configuran su aventura eminentemente «interior»: «el año del noviciado» (1536-1537) transcurrió con una experiencia gozosa y gratificante, aunque reconozca que pasó «grandes desasosiegos» por cosas de «poco tomo» de que la culpaban (V 5, 1). Recuerda que lo concluyó, haciendo su profesión con «gran determinación y contento» (V 4, 3).

Introduce en «el discurso de su vida» unas palabras que van a encabezar un largo período de quebrantos físicos y desajustes espirituales: «La mudanza de la vida y de los manjares me hizo daño a la salud, que aunque el contento era mucho no bastó» (V 4, 4). Entre otras cosas, sus grandes determinaciones, sus «diligencias» (V 8, 13); «algunas y hartas diligencias» (V 8, 3) terminan pasándole factura. Escribirá rematando su definitiva curación moral: «con todas cuantas diligencias había hecho muchos años había... , haciendo hartas veces tan gran fuerza *que me costaba harto de mi salud*». Ahora, en cambio, «en un punto me dio [Dios] la libertad» (V 24, 10).

Tuvo que abandonar el monasterio, peregrina de la salud. Una doble experiencia le iba a salir al encuentro: un florecimiento de «mercedes» en el marco del hallazgo de su «modo de proceder en la oración» (V 4, 6-7); y, en estricta sucesión cronológica, y extraña simultaneidad, el agrietamiento y vulnerabilidad de su mundo afectivo, que le «descompone el alma».

Una y otra experiencia van a hacer años de historia paralela. Teresa se nos presenta en lucha titánica por «concertar» lo inconcertable: «Quería concertar estos dos contrarios—tan enemigos el uno del otro— como es vida espiritual y contentos, y gustos y pasatiempos sensuales» (V 7, 17). De ahí el carácter agónico y el desgarramiento existencial que arrastra durante años. Ella misma se sorprende de «cómo un mes la pude sufrir, cuanto más tantos años» (V 8, 2). «Ahora me espanto, qué sujeto bastó a sufrir, que no dejase lo uno o lo otro» (V 7, 18). Dejar la oración, o «los pasatiempos» o «aquellas amistades» o «vanidades». Porque, como la hemos oído decir, empeñada estaba en «concertar estos dos contrarios».

Camino de Becedas, para ponerse en manos de una curandera, se detiene unos días en casa de un tío paterno. La lectura del *Tercer abecedario* del franciscano Francisco de Osuna la ayuda a encontrarse con su oración, la oración de recogimiento (V 4, 6-8). Justa la valoración de la autora a la vista de los resultados: «Parecíame a mí en este principio que digo que, teniendo yo libros y cómo tener soledad, que no habría peligro que me sacase de tanto bien» (V 4, 10).

Y, sin embargo, con una breve frase nos abre a un mundo muy distinto: «Mas fue [el demonio] tan sutil, y yo tan ruin, que todas mis determinaciones me aprovecharon poco» (*ibid.*). O esta otra, posiblemente referida a unos años más adelante, pero apuntando a la misma crisis devastadora: «¡Quién dijera que había tan presto de caer, después de tantos regalos de Dios...!» (V 6, 9).

Pues en generosa floración y pletórica de ganas de vivir en los primerísimos años de vida religiosa, avivadas en los meses de espera para empezar las curas en Becedas, empieza a cuarteársele el edificio por la «demasiada afición» (V 5, 4) al sacerdote de Becedas. Su vulnerabilidad afectiva quedó al descubierto.

De nuevo en la Encarnación, y experimentando otro fuerte repunte espiritual, en el tiempo de la enfermedad y justo después de su relativa recuperación, reabre el capítulo de «estas conversaciones», de «semejantes tratos» (V 7, 6); en particular, con una persona de la que confiesa «que la tuve mucha afición» (V 7, 7). Esta crisis tuvo mayor calado: la llevó a abandonar la oración (V 7, 11; 19, 5.10). Y aun recuperada ésta, anota que, como no «se quitó de las ocasiones» (V 7, 17), el problema continuó varios años más. Años «de ceguera» y «esclavitud del espíritu».

En 1554, cuando coronaba sus treinta y nueve años de edad, ante un «Cristo muy llagado» (V 9, 1), «porfiando» amorosamente, experimenta el comienzo de la verdadera conversión: «creo cierto me aprovechó, porque fui mejorando mucho desde entonces» (V 9, 3).

Conversión que se consolidará unos dos años más tarde con «la primera gracia de arrobamientos» en la que entendió estas palabras: «Ya no quiero que tengas conversación con hombres sino con ángeles» (V 24, 7). «Ángeles»: «personas que aman a Dios y le procuran servir», aclara (V 24, 8); añadiendo el alcance y modo de la gracia recibida: «Aquí el Señor me dio libertad y fuerza para ponerlo por obra» (V 24, 9).

Pone de relieve el fuerte contraste entre el «antes» y el «ahora» en la lucha por la liberación «en especial en dejar algunas amistades» (V 24, 6): «en un punto *me dio* [Dios] la libertad que yo, con todas cuantas diligencias había hecho muchos años había, no pude alcanzar conmigo» (V 24, 10).

Resaltará con vigor el absoluto protagonismo de Dios, por tanto la absoluta gracia –y no conquista– de su liberación, que quiere transmitir a sus lectores: «el Señor tan misericordiosamente» lo hizo «*todo* de su parte; y hasta que por su bondad *lo puso todo*, ya verá vuestra merced que no ha habido en mí sino caer y levantar» (V 31, 17).

Apenas un año después de escribir esto, todavía vivo y más interiorizado el recuerdo de este acoso del Dios de las misericordias, volverá a testificar: «Guárdame tanto Dios en no ofenderle, que cierto algunas veces me espanto, *que me parece veo el gran cuidado que trae de mí*, sin poner yo en ello casi nada, siendo un piélagos de pecados y maldades antes de estas cosas, y sin parecerme era señora de mí para dejarlas de hacer. Y *para lo que yo querría se supiesen* [mis pecados], es para que se entienda el gran poder de Dios» (CC 3, 12).

Hay, pues, un «antes» de fidelidad de Dios entreverado con tiempos de intensa fidelidad teresiana, y de desfallecimientos sangrantes, tiempos marcados con un cierto «protagonismo» de la mujer Teresa. Y hay un «después» en el que la liberación se experimenta como un don posibilitador definitivamente de respuesta de gracia. Por eso, la historia cambia adquiriendo su verdadero rostro y su significación plena en la que Dios y la persona acaban haciéndose con sus respectivos papeles. Teresa dice con razón, acertadamente, que, desde ese instante, es «un libro nuevo», es decir, «una vida nueva» (V 23, 1).

De hecho, aunque Dios había dado más que suficientes pruebas a Teresa de su voluntad comunicativa, de su irrenunciable protagonismo de gracia, es a partir de la experiencia de la conversión como gracia cuando el cambio no solo se produce –¡y con qué rapidez!–, sino también cuando la protagonista lo experimenta con una fuerza que le pasma. Cambio en ella: de la autosuficiencia y autoafirmación, de «la confianza en sí», al reconocimiento de Dios como su salvador, como el único agente de liberación: «estaba ya muy desconfiada de mí y ponía toda mi confianza en Dios» (V 9, 3).

Como actitud, Teresa había llegado al fondo de su verdad: ser receptiva y dejar a Dios ser Dios. Por eso se produce en cascada la manifestación de Dios hacedor de toda gracia. Señala la conexión cronológica de este punto de arranque: «Como no estaba su Majestad esperando sino algún aparejo en mí, fueron creciendo las mercedes espirituales de la manera que diré» (V 9, 10; cf. Cta 19, 7; 23, 2).

Y comienza la historia de las gracias místicas que llenarán todos sus escritos, y desde los cuales –experiencia del Dios gratuito, divinamente comunicador, que conlleva el descubrimiento del propio ser, radicalmente *receptivo*– dictará su lec-

ción de teología espiritual: la propia experiencia –¡y no en la *forma* específica que revistió en ella!– elevada a categoría universal.

Veintiocho años en progresión rápida y homogénea de experiencia de la gratitud desbordante de Dios. Palabra abundosa y grávida. Caminos múltiples, extenuantes, fundando «palomarcitos de la Virgen», piedras miliare y monumentos de gratitud en una Iglesia y para una Iglesia que se reconstruye hacia dentro y persigue horizontes nuevos de evangelización.

Veinte de esos veintiocho años consagrarán a Teresa como uno de los mejores escritores «de las acciones magníficas de Dios» (Magnalia Dei); educadora de creyentes, y fundadora de iglesias domésticas, comunidades proféticas «espejos de España» (Cta 156, 3) en los dinteles de una nueva época. Sin duda, el período más rico y fecundo de esta mujer singular.

c) *Escritora*

Teresa escribe todo, prácticamente, en sus últimos veinte años, desde la primera redacción del *Libro de la vida* a los últimos capítulos de *Fundaciones*.

Inicialmente, Teresa escribe por necesidad de vivir en la luz, anclada en la verdad. Su creciente inmersión, por vía de experiencia, en el misterio divino, le pone en búsqueda de «espirituales» y «letrados» para que la disciernan.

«Temerosa en extremo» (V 25, 14), el ambiente eclesial en el que vive la hunde más en el miedo de ser engañada. «Yo, como en estos tiempos habían acaecido grandes ilusiones en mujeres y engaños que las había hecho el demonio, comencé a temer» (V 23, 2). Y precisa en el número siguiente: «creció de suerte este miedo que me hizo buscar con diligencia personas espirituales».

Más tarde, cuando sobre ella cae la sombra de la Inquisición, entregará este apunte autobiográfico: «Pareciéndole que personas espirituales también podían estar engañadas como ella, dijo a su confesor que si quería tratase algunos letrados aunque no fuesen muy dados a la oración». Y declara qué busca de ellos: «No quería saber sino si era conforme a la sagrada Escritura todo lo que tenía» (CC 53, 9).

No fue fácil satisfacer esa necesidad intrínseca de luz alimentada por la misma gracia mística. Reconoce que, «amiga de letras» como era, los confesores «medio letrados» le «hicieron gran daño», y que «no los tenía de tan buenas letras como quisiera» (cf. V 5, 3; 13, 16).

No obstante haber recibido las tres gracias que la convirtieron en escritora⁴, y confesar frecuentemente que disfruta de la «fabilidad» mística en el momento de escribir (V 14, 9; 16, 2), experimenta también con agudeza la dificultad, por no decir imposibilidad de «declarar» las cosas del espíritu (V 11, 6; 10, 9; 13, 12). «Oscuras» en sí mismas, lo serán particularmente para quienes no tengan experiencia (V 10, 9).

Y, sin embargo, quiere decir y gritar una verdad que no le pertenece⁵, contando las «mercedes de Dios» como le piden⁶. Lo hace, en un primer momento, para que sus confesores le den luz, conociendo su espíritu (V 40, 17); después, una vez afirmada la autenticidad de esas «mercedes», para «engolosinar» (V 18, 6) y enseñar⁷.

4. Cf. V 12, 6. Periodización: V 17, 5.

5. Cf. V 27, 13. Gritar la verdad: cf. 6M 6, 3.

6. V pról., 1. Cf. prólogos a *Camino de perfección*, *Moradas* y *Fundaciones*.

7. Subyace como motivo rector en todos sus escritos... De una y otra forma, más o menos explícitamente, lo manifiesta de muchas maneras.

Con esto vence todas sus resistencias, que en verdad no son pocas (es mujer, sin letras ni tiempo...), a trasladar al papel cuanto en su interior Dios le regala. Una vez terminada la redacción, reconoce con sencillez que el trabajo ha sido mínimo⁸, y que su obra, además de que le agrada, contiene «harta buena doctrina» (V 40, tít.; 19, 13).

2. CONTENIDO DE LA EXPERIENCIA TERESIANA

No se recata en afirmar la copiosidad de la experiencia con que Dios la ha agraciado (cf. V 40, 8; 10, 9). A principios de 1577 escribirá a su hermano Lorenzo: «Al obispo envié a pedir el libro [de la *Vida*], porque quizá se me antojará de acabarle con lo que después me ha dado el Señor, que se podría hacer otro y grande» (Cta 174, 26).

«Experiencia de tantas cosas», dice. En amplitud y profundidad. El misterio revelado en Cristo se le ha dado a conocer por vía de experiencia, y con una claridad tan viva, y una certeza tan profunda «que no hay teólogo con quien no se atreviese a disputar la verdad de estas grandezas» (V 27, 9).

Se puede decir que nada escapa a esta gracia. Y que lo «entiende» como vida, no como «verdades» insondables e inaccesibles a la inteligencia humana, en una extraordinaria unidad, íntimamente adherida a su personal existencia, hasta la estabilización dinámica en el misterio mismo de la comunión trinitaria. El último apunte autobiográfico reza así: «Lo de las visiones imaginarias ha cesado; mas parece que siempre se anda esta visión intelectual de estas tres Personas y de la Humanidad...» (CC 66, 3). Nada le quita «esta presencia tan sin poderse dudar de las tres Personas, que parece claro se experimenta lo que dice san Juan ‘que haría morada con el alma’. Esto no sólo por gracia, sino porque quiere dar a sentir esta presencia» (CC 66, 10).

Término de un largo camino en el que, como dice con profundo reconocimiento, Dios «quiso hacerme con más riquezas que yo supiera desear» (V 10, 5). Lo que eleva a categoría universal: ¡Dios es así! «¡Qué bajos quedaríamos si conforme a nuestro pedir fuera vuestro dar!» (MC 5, 6). «No se contenta el Señor con darnos tan poco como son nuestros deseos» (MC 6, 1).

En un intento de síntesis lógica de esta experiencia teresiana, enviando a notas nodrizas en sus escritos, tendríamos: *Dios* se le ofrece como presencia personal viva, comunicadora de sí, siempre en absoluta gratuidad⁹, hasta la «revelación» del misterio *trinitario*¹⁰, con una fuerte constante manifestación de *Jesucristo*, Amigo, Esposo, Maestro, «divino y humano junto»¹¹, «respuesta» al modo de proceder teresiano desde los primeros compases de su vida de oración (cf. V 22, 4).

Dios, gracia absolutamente comunicada, solicitador paciente de la respuesta del *hombre*, exiliado de sí por el *pecado* (cf. V 40, 5; 1M 2, 8; 2, 5), y hermoso castillo, *capaz* de Dios (cf. V 40, 5; 1M 1, 6), «de natural tan rica [el alma] y poder tener conversación no menos que con Dios» (1M 1, 6). La *oración*, «trato de amistad», don máximo y fuente de todos los dones, expresión del misterio inabarcable

8. *Vida*: ha escrito «no gastando en ello más cuidado ni tiempo de lo que ha sido menester para escribirla» (40, 24). *Camino*: «Me doy por bien pagada del trabajo que he tenido en escribir, que no por cierto en pensar lo que he dicho» (42, 7). *Moradas*: «Doy por bien empleado el trabajo, aunque confieso que ha sido harto poco» (epíl., 1).

9. V 1, 8; C 22, 6; 1M 1, 4. Experiencia-Palabra: V Pról. 1; 1,8.

10. Cf. 7M 1, 7; CC 14, 1.

11. Cf. C 6, 9; 6M 8, 1; Cta 238, 11.

de la persona, «imagen de Dios» (V 8, 5; C 22, 8; F 5, 2; 4M 1, 6), «medida» del proceso del creyente en su itinerario, camino de ser o de deificación, cristificación (cf. V 11, 7).

Miembro, el creyente, de una comunidad de gracia y de pecado, ámbito de su encuentro con Dios y de discernimiento y verificación de su experiencia, campo de preocupación apostólica y, con ella, de su impulso misionero, la *Iglesia* es realidad invadente en la espiritualidad teresiana, experiencia y palabra (cf. V 33, 5; CC 53, 1). Comunidad de la *Palabra* que debe servir a todos, y a cuya luz pide Teresa que se discierna su personal andadura espiritual (cf. V 33, 5; MC 1, 2).

3. FUNDADORA

La experiencia de un Dios-comunidad que tan desmedidamente se le comunica, acaba mostrándosele como una riqueza que necesita compartirse, vivirse en comunidad, y comunidad multiplicada.

La niña que «gustaba mucho», cuando jugaba con otras niñas, hacer monasterios, «como que éramos monjas» (V 1, 6), se ve lanzada, insistente e irresistiblemente lanzada, a levantar, más que monasterios, grupos de «gente escogida», grupos de «buenos amigos» de Jesús que con el poder de su fidelidad sirvieran a la causa del evangelio y a la santidad y misión de la Iglesia.

Es *el* fruto de su experiencia mística, la mejor prueba de su autenticidad, la palabra más vigorosa de la presencia de Dios en su vida, mujer a quien pesa el estado de la Iglesia y por cuya renovación evangélica empeña su existencia. Es la dirección que le imprimen las extraordinarias y abundantes gracias místicas.

Incrustrada en el relato «del discurso de su vida», la historia de la fundación del monasterio de San José de Ávila tiene el mismo objetivo: mostrar las maravillas de Dios. Y con el mismo método: la debilidad y resistencia de Teresa, con las dificultades que halla en el entorno –fuerzas de pecado y de la *miseria* humana–, y la poderosa intervención de Dios que termina venciendo todos los obstáculos, fuerza de la gracia y la misericordia divina. Misericordia contra miseria.

Y por su significación externa y volumen sacramental, esta obra de servicio eclesial es de mayor importancia y más profundo calado para que Dios sea reconocido como Dios. Por eso, convencidamente, Teresa desea que esos cinco capítulos (V 32-36) se conserven y lleguen a sus hermanas como la mejor lección para alimentar su fidelidad vocacional. Se dirige con encarecido apremio al principal destinatario de *Vida*: «Creo se enfadará vuestra merced de la larga relación que he dado de este monasterio, y va muy corta para los muchos trabajos y maravillas que el Señor en esto ha obrado..., y así pido yo a vuestra merced..., que si le pareciere romper lo demás que aquí va escrito, lo que toca a este monasterio vuestra merced lo guarde; y, muerta yo, lo dé a las hermanas que aquí estuvieren, que animará mucho para servir a Dios las que vinieren y a procurar no caiga lo comenzado, sino que vaya siempre adelante, cuando vean lo mucho que puso su Majestad en hacerla por medio de cosa tan ruin y baja como yo» (V 36, 29).

Éstos son los dos ejes de la historia de la fundación que nos ofrece: «lo mucho que su Majestad puso en hacerla», y la ruindad y bajeza del medio que eligió. Justamente los mismos que sustentan los cuarenta capítulos de *Vida*: Dios la «tomó por instrumento, siendo tan ruin, para tan gran obra» (V 36, 6; cf. n. 29).

Insiste en el primero, de comienzo a fin del relato, pues de su ruindad y pertinacia cree que ha dejado ya amplio y generoso testimonio, sobre todo en los diez primeros capítulos del libro.

Ante sus resistencias iniciales, anota que «mandome mucho su Majestad lo procurase» (V 32, 11). El Señor maneja todos los hilos de la fundación (V 32, 18; 33, 1; 35, 12; 36, 29); esta línea seguirá destacando en la historia de todas las fundaciones (F 13, 7).

Cinco años gozando en este «rinconcito de Dios» (V 35, 12; 40, 21), pronto vio abrirse un horizonte de comunión más amplia partiendo de la constatación de las abundantes gracias que Dios hacía a la primera comunidad (V 39, 10; 35, 12-14; F 4, 8).

La conexión la establece con claridad en el primer capítulo de *Fundaciones* en el que «justifica» la empresa fundacional, en plena expansión cuando escribe: «Considerando yo el gran valor de estas almas..., muchas veces me parecía que era para algún gran fin las riquezas que Dios ponía en ellas» (F 1, 6). Deseosa de «poder algo para ganar algún alma para su servicio» (F 1, 7), oye en su interior una respuesta cuyo sentido, en un principio, no capta en todo su alcance: «Espera un poco, hija, y verás grandes cosas» (F 1, 8).

La cascada de fundaciones estaba a punto de desatarse, como alargamiento y profundización de las gracias místicas recibidas. Alargamiento y profundización del protagonismo de Dios en la historia que, por ser suya, es de salvación, y en la que la elección de instrumentos pobres sirve más para revelar que es «gracia»: «Estas casas en parte no las han fundado hombres las más de ellas, sino la mano poderosa de Dios», queriendo que «un tan gran principio» «comience en unas mujeres tan miserables como nosotras» (F 27, 11).

La dimensión fundacional de la experiencia mística teresiana es una parábola y un sacramento de toda experiencia personal de Dios. La experiencia del místico pone al cristiano y a la Iglesia como tal ante el núcleo central de la fe: Dios precede siempre, y es el que siempre obra, y obra *gracia*, comunión. Solo recibéndolo así, y recibéndose a sí mismo como gracia, podrá el cristiano y la Iglesia ser sacramento de gracia, remitiéndose y remitiendo a todos al Dios «amigo de dar». Y, porque experimentando a Dios obrando «como Dios», podrá empeñarse confiadamente, con seguridad, sin reservas en la colaboración que Dios pide y «necesita».

No aguarda para más adelante la certeza que baña su espíritu. Exclama sin contenerse: «¡Oh grandeza de Dios, y cómo mostráis vuestro poder en dar osadía a una hormiga!, ¡y cómo, Señor mío, no queda por Vos el no hacer grandes obras los que os aman sino por nuestra cobardía y pusilanimidad! ¡Como nunca nos determinamos sino llenos de mil temores y prudencias humanas, así, Dios mío, no obráis Vos vuestras maravillas y grandezas» (F 2, 7).

La experiencia de Dios no genera absentismos, ni la cobardía humana se cura sin la constatación de la gracia que él pone en manos del creyente. El camino del futuro se nos ciega cuando nos quedamos sin el Dios que el místico «padeció» y en agónico forcejeo con el lenguaje nos transmitió.

En la primera página de *Moradas* nos dice Teresa que el que no crea que es posible que Dios haga muy mayores muestras de amor que las que ella se dispone a contar, «no lo verá por experiencia». El Dios de la gracia desmedida, infinita, el que cuanto hace lo hace «para que se conozca su grandeza», que tiene en sí la única razón de su amor al hombre, y no en la mayor santidad de éste, «es amigo de que no pongan tasa a sus obras» (1M 1, 3-4). Quien le pone tasa lo niega. Y se queda solo, atenazado por su soberbia.

Es la experiencia y la palabra de Teresa de Jesús, el océano en el que desembocan los gruesos y limpios caudales de su confesión-lección: Dios, «ganoso de hacer mucho por nosotros» (6M 11, 1); «no está deseando otra cosa sino tener a

quien dar» (6M 4, 12). Creer en *este* Dios es premisa esencial para poderlo «ver» por experiencia, y entregarse a la fascinante aventura, en sereno y confiado abandono, de la renovación del mundo, de la Iglesia, «fundando» nuevos espacios de comunión fraterna.

4. NUESTRA EDICIÓN

Está en la estela –común, por lo demás, entre los modernos editores– del padre Silverio, que es quien «fija» el texto teresiano, y aprovechándome de los inmensos avances de los estudios sobre la Maestra de espirituales, sobre todo de las ediciones facsímiles de casi todas sus obras.

Con graña moderna, y abundancia de notas doctrinales que ayuden al lector a perseguir y a profundizar cualquier tema doctrinal.

También ofreceré algunas explicaciones textuales que juzgue oportunas para facilitar la inteligencia del texto.

Para concluir, presento las siglas utilizadas para hacer referencia a los escritos de la doctora mística:

Vida	V
Camino (siempre se entiende el código de Valladolid):	
Código de Valladolid	C
Código de El Escorial	CE
Moradas	M
Fundaciones	F
Poesías	P
Cuentas de conciencia	CC
Meditaciones sobre los cantares	MC
Exclamaciones	E
Constituciones	Cst
Modo de visitar descalzas	VD
Vejamen	Vej
Respuesta a un desafío	D
Cartas	Cta

LIBRO DE LA VIDA

PRÓLOGO*

JHS

1. Quisiera yo que, como me han mandado y dado larga licencia para que escriba el modo de oración y las mercedes que el Señor me ha hecho¹, me la dieran para que muy por menudo y con claridad dijera mis grandes pecados y ruin vida. Díerame gran consuelo. Mas no han querido, antes atádomo mucho en este caso². Y por esto pido, por amor del Señor, tenga delante de los ojos quien este discurso de mi vida leyere, que ha sido tan ruin, que no he hallado santo, de los que se tornaron a Dios, con quien me consolar. Porque considero que, después que el Señor los llamaba, no le tornaban a ofender. Yo no sólo tornaba a ser peor, sino que parece traía estudio a resistir las mercedes que su Majestad me hacía, como quien se veía obligar a servir más, y entendía de sí no podía pagar lo menos de lo que debía.

2. Sea bendito por siempre, que tanto me esperó³, a quien con todo mi corazón suplico me dé gracia para que con toda claridad y verdad yo haga esta relación que mis confesores me mandan; y aun el Señor sé yo lo quiere muchos días ha, sino que yo no me he atrevido⁴; y que sea para gloria y alabanza suya y para que de aquí adelante, conociéndome ellos mejor, ayuden a mi flaqueza para que pueda servir algo de lo que debo al Señor, a quien siempre alaben todas las cosas, amén.

* Cuando no se indica otra cosa, las referencias en nota son al mismo *Libro de la vida*.

1. Contenido fundamental del mandato de escribir: que diga las mercedes de Dios (31, 25; 40, tít.); Dios pronto «comenzó a hacerme tantas mercedes» (1, 8; 4, 7; 7, 18); «crecen» al darse a la oración (9, 10); porque Dios no esperaba otra cosa (9, 10; 19, 7; 23, 2). «Es la puerta la oración» (8, 9; 34, 14); «el Señor traía mayor» cuidado «a hacerme mercedes» (24, 3). Penoso era «para mi condición recibir mercedes» (7, 19; 39, 21). Pero «mi flaqueza ha menester esto [mercedes]» (19, 6). Contrapone: «Tantas mercedes», «a quien tan mal corresponde» (29, 14). «En hacerme el Señor mercedes, es como a muchos buenos» (30, 17); gracia como castigo (7, 18), «mayor golpe, mayor merced» (38, 16). Se le olvidan en los tiempos de crisis teológica (cf. 30, 8). «Mercedes» y «visión» de su ruindad (22, 11) o recuerdo de sus pecados (26, 2). Ruindad que le hace sospechar de las mercedes (39, 20; cf. 30, 8). Le cuesta decirlas (33, 9; 34, 7; 37, 1; 40, 17). Lo hace porque es «el camino por donde Dios le ha llevado» (27, 9), para que «se entienda su espíritu» (40, 17), para «engolosinar» a los lectores (18, 6), y porque «de algunas se puede tomar harto buena doctrina» (40, tít.; 27, 9; 37, 1).

2. Le mandan escribir, señalan contenido (cf. 10, 7).

3. Pronto emerge la imagen de Dios «hacedor» de mercedes, el que tanto espera (cf. 1, 8).

4. Resistencia, por un lado, «claridad y verdad», por otro, disposiciones anímicas con que empieza (cf. 14, 9).

JHS

CAPÍTULO 1

En que trata cómo comenzó el Señor a despertar esta alma en su niñez a cosas virtuosas, y la ayuda que es para esto serlo los padres.

1. El tener padres virtuosos y temerosos de Dios me bastara, si yo no fuera tan ruin, con lo que el Señor me favorecía, para ser buena. Era mi padre aficionado a leer buenos libros, y así los tenía de romance para que leyesen sus hijos. Esto, con el cuidado que mi madre tenía de hacernos rezar y ponernos en ser devotos de nuestra Señora y de algunos santos, comenzó a despertarme de edad, a mi parecer, de seis o siete años.

2. Ayudábame no ver en mis padres favor sino para la virtud. Tenían muchas.

Era mi padre¹ hombre de mucha caridad con los pobres y piedad con los enfermos, y aun con los criados; tanta, que jamás se pudo acabar con él tuviese esclavos, porque los había gran piedad; y estando una vez en casa una de un su hermano, la regalaba como a sus hijos. Decía que, de que no era libre, no lo podía sufrir de piedad. Era de gran verdad. Jamás nadie le vio jurar ni murmurar. Muy honesto en gran manera.

3. Mi madre² también tenía muchas virtudes y pasó la vida con grandes enfermedades. Grandísima honestidad. Con ser de harta hermosura, jamás se entendió que diese ocasión a que ella hacía caso de ella, porque con morir de treinta y tres años, ya su traje era como de persona de mucha edad. Muy apacible y de harto entendimiento. Fueron grandes los trabajos que pasaron el tiempo que vivió. Murió muy cristianamente.

4. Eramos tres hermanas y nueve hermanos. Todos parecieron a sus padres, por la bondad de Dios, en ser virtuosos, si no fui yo, aunque era la más querida de mi padre. Y antes que comenzase a ofender a Dios, parece tenía alguna razón; porque yo he lástima cuando me acuerdo las buenas inclinaciones que el Señor me había dado y cuán mal me supe aprovechar de ellas.

5. Pues mis hermanos ninguna cosa me desayudaban a servir a Dios. Tenía uno casi de mi edad; juntábamnos entrambos a leer vidas de santos, que era el que yo más quería, aunque a todos tenía gran amor y ellos a mí. Como veía los martirios que por Dios las santas pasaban, parecíame compraban muy barato el ir a gozar de Dios, y deseaba yo mucho morir así; no por amor que yo entendiese tenerle, sino por gozar tan en breve de los grandes bienes que leía haber en el cielo; y juntábase con este mi hermano a tratar qué medio habría para esto. Concertábamos irnos a tierra de moros, pidiendo por amor de Dios, para que allá nos descabezasen³. Y paréceme que nos daba el

1. Alonso Sánchez de Cepeda, casado en primeras nupcias con Catalina del Peso y Henao, de la que tuvo dos o tres hijos. Al elogio de sus virtudes que aquí hace, añade Teresa que ella era la más querida (1, 4; 2, 7; 3, 7; 7, 12); que fue su discípulo de oración (7, 10); y que le acompaña en su enfermedad (7, 14-16), como él, antes, la asistió en la suya (4, 5; 5, 8).

2. Beatriz de Ahumada, segunda esposa de don Alonso. Le dio ocho hijos. Teresa fue la tercera. Doña Beatriz moriría el 29 de diciembre de 1528, pues hizo testamento días antes, el 24.

3. Iniciaron la aventura. Un tío suyo se cruzó en el camino y los volvió a la casa paterna. Advuértase que en éste y en el número siguiente habla Teresa en plural, contando sus andanzas espirituales. Pronto aparece tanto su liderazgo como su capacidad de crear comunidad.